

MISIONEROS CLARETIANOS

**TESTIGOS-MENSAJEROS
DE LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO**

Declaración del XXV Capítulo General

ROMA 2015

Declaración del XXV Capítulo General de la Congregación de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María (Misioneros Claretianos), celebrado en Roma del 24 de agosto al 16 de septiembre de 2015 (cf. *Annales Congregationis*, vol. 72-II, 2015).

SIGLAS

AA	Decreto <i>Apostolicam Actuositatem</i> (1965)
AG	Decreto <i>Ad Gentes</i> (1965)
Aut	<i>Autobiografía</i> de san Antonio María Claret
CC	<i>Constituciones</i>
CdC	Instrucción <i>Caminar desde Cristo</i> (2002)
Dir	<i>Directorio</i>
EC	<i>Epistolario Claretiano</i>
EG	Exhortación apostólica <i>Evangelii Gaudium</i> (2013)
EN	Exhortación apostólica <i>Evangelii Nuntiandi</i> (1975)
HAC	<i>Hombres que Arden en Caridad</i> (2009, XXIV Capítulo General)
LS	Encíclica <i>Laudato Si'</i> (2015)
MCH	<i>La Misión del Claretiano Hoy</i> (1979, XIX Capítulo General)
MV	Bula <i>Misericordiae Vultus</i> (2015)
PTV	<i>Para que Tengan Vida</i> (2003, XXIII Capítulo General)
RM	Encíclica <i>Redemptoris Missio</i> (1990)
SP	<i>Servidores de la Palabra</i> (1991, XXI Capítulo General)
VC	Exhortación apostólica <i>Vita Consecrata</i> (1996)
VD	Exhortación apostólica <i>Verbum Domini</i> (2010)

NB. Las citas bíblicas están tomadas de *La Biblia de nuestro pueblo – Biblia del peregrino*, Macau-Bilbao 2008.

Introducción

1. ¡Somos misioneros! La Misión pertenece a nuestra identidad más profunda¹. Hemos recibido del Espíritu un carisma que nos configura con Jesús y nos asemeja a los apóstoles, en comunión de vida, entregados por entero al Padre y al Reino (cf. *CC* 3-4). Hace ciento cincuenta años, en 1865, nuestra comunidad claretiana vivió una gran alegría: la Iglesia aprobaba nuestras Constituciones y reconocía con gozo que nuestra Congregación de Misioneros es un don del Espíritu. Hoy también, con gran alegría, proclamamos agradecidos, como María, la grandeza del Señor.
2. La Iglesia del Vaticano II ha recuperado con fuerza la concepción trinitaria de la Misión (cf. *AG* 1-4) y se siente colaboradora de la Misión de Dios. En estos últimos años nos hemos sentido muy interpelados por la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*, fruto del Sínodo de Obispos de 2012 dedicado a la nueva evangelización y la transmisión de la fe. La Misión no es una parte o dimensión más de la vida; tampoco es un adorno o algo de lo que se pueda prescindir. Como discípulos de Jesús, hemos sido marcados para iluminar, bendecir, vivificar, levantar, sanar, liberar (cf. *EG* 273). Como Claret, hemos sido ungidos para anunciar la Buena Nueva a los pobres². Existimos para vivir la Misión en el corazón del Pueblo de Dios. Por todo ello, la Misión va mucho más allá de los ministerios que ejercemos: es el núcleo de nuestra vocación (cf. *HAC* 37) y marca nuestra espiritualidad, orienta todo proceso formativo, determina nuestros estilos de vida comunitaria, animación, gobierno y organización económica y se expresa en presencias y servicios que tratamos de adecuar a las características de los momentos, contextos y culturas. Como la Iglesia (cf. *EN* 14), sólo tenemos sentido desde la Misión: para buscar y procurar que Dios Padre sea conocido, amado, servido y alabado por todos³ y que el Reino –su designio de amor para la humanidad y la creación– llegue a hacerse plenamente realidad.
3. Don del Espíritu, nuestra participación en la Misión:
 - 1) Nace de su acción en nosotros⁴, de modo especial a través de la Eucaristía y de la Palabra de Dios escuchada, orada, compartida y ofrecida a otros⁵, y nos impulsa a vivir en una actitud constante de escucha y discernimiento, buscando en la vida cotidiana y en el devenir del mundo los signos de la presencia del Reino⁶.
 - 2) Nos concede el inmenso regalo de la comunidad misionera, impulsándonos a vivir en profunda comunión (cf. *CC* 4, 10) y a cuidar nuestra fraternidad como primer testimonio misionero⁷.
 - 3) Nos hace “comunidades en misión” por lo que cada actividad, tarea y ministerio han de realizarse de modo que todos los vivamos como nuestros y que cada uno los realice en nombre de la comunidad, sabiéndose y sintiéndose enviado por ella⁸.
 - 4) Tiene una expresión privilegiada en la calidad de nuestras vidas (cf. *EG* 259), llamadas a testimoniar la primacía absoluta de Dios y de su Reino, la preferencia divina por los pobres, los débiles y los empobrecidos y el valor sagrado de los derechos humanos, de la Creación y de toda vida⁹.

¹ Cf. *CC* 2; *Dir* 26.

² Cf. *CC* 39; *MCH* 58.

³ Cf. *CC* 40; *Aut* 233.

⁴ Cf. *EG* 12, 112; *MCH* 146; *HAC* 16, 29.

⁵ Cf. *CC* 12, 34-35; *HAC* 54.1, 59.

⁶ Cf. *CC* 34; *Dir* 106-107; *HAC* 54.4.

⁷ Cf. *Dir* 36, 104; *HAC* 16.

⁸ Cf. *CC* 13; *MCH* 139; *HAC* 57.

⁹ Cf. *EG* 198-201; *LS* 158, 207, 216-221.

- 5) Anuncia explícitamente a Jesucristo y su Reino (cf. *EG* 45, 110) en actitud de diálogo y nos invita a estar dispuestos y preparados para acudir a las fronteras existenciales, geográficas, sociales y culturales de la evangelización y a contemplar desde ellas la realidad (cf. *EG* 30).
 - 6) Nos vincula a los demás discípulos, invitados también a participar de la Misión, a la Iglesia universal y las Iglesias particulares y a millones de hombres y mujeres de buena voluntad empeñados en transformar el mundo según el designio de Dios¹⁰.
4. Nuestro carisma comporta ser totalmente de Dios y vivir plenamente entregados a su Reino¹¹, como Jesús consagrado y enviado¹², y a ejemplo de María, primera discípula y madre de discípulos (cf. *MCH* 150-151). Nuestra vivencia de los consejos evangélicos tiene una ineludible dimensión misionera.

¹⁰ Cf. *CC* 6, 46; *HAC* 4, 22.

¹¹ Cf. *CC* 159; *Dir* 102.

¹² Cf. *CC* 3; *MCH* 55.

I

INTERPELACIONES DE DIOS EN NUESTRO TIEMPO

“Mira que estoy a la puerta llamando...” (Ap 3, 20)

5. Vivimos tiempos de interconexión. Mucho más que en otras épocas, la humanidad es consciente de la relación existente entre las diversas dimensiones de la realidad y de la vida y del destino común de los pueblos. Del Señor –“amigo de la vida” (Sab 11, 26)– “es la tierra y cuanto la llena, el mundo y todos sus habitantes” (cf. Sal 24, 1). Nuestro Dios, con su presencia misteriosa, nos habla e interpela a través de su creación, de la humanidad, de los pueblos, de su Iglesia. Al Señor resucitado se le ha dado todo el poder. Él está con nosotros hasta el fin de los tiempos (cf. Mt 28, 20). Su Espíritu, Señor y Dador de Vida, nos interpela con gemidos inenarrables. La Iglesia, pueblo de Dios, siente esas interpelaciones, las discierne y nos las propone. Como comunidad misionera nos sentimos interpelados por:

EL GRITO DE LA MADRE TIERRA

6. Somos ya muy conscientes –también en la Iglesia– de lo que le está pasando a nuestra “madre tierra”: pérdida de biodiversidad, deterioro de la calidad de vida, degradación social e inequidad planetaria (cf. LS 17-61). Somos una sola familia humana. Pero mientras muchos supeditan todo al consumo hay miles de millones de personas excluidas cuyos intereses parecen no contar (cf. LS 49). Numerosas culturas y etnias corren el riesgo de desintegrarse o desaparecer. El gemido de la hermana tierra y de los abandonados reclama que la humanidad tome otro rumbo (cf. LS 53). Es urgente “unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral” (LS 13) que haga frente a la explotación insostenible alentada por el afán desmedido de poseer y un sistema económico radicalmente injusto (cf. EG 59-60).
7. La Iglesia ha invitado a todas las gentes de buena voluntad a tomar conciencia de la gravedad de estos desafíos y a promover una ecología realmente integral, en la que todas las criaturas reciban el respeto, protección y trato que merecen al tiempo que el ser humano ocupe un lugar acorde con la dignidad infinita que Dios le ha dado¹³. Estamos llamados a velar por la Tierra y a cuidarnos mutuamente para que el proyecto de Dios pueda cumplirse íntegramente en toda persona desde su concepción hasta su muerte: Dios no sólo quiere que sus hijos conserven la existencia, sino que vivan en plenitud y como verdaderos hermanos, disfrutando de lo que ha sido puesto en manos de todos (cf. EG 192).
8. *Esta situación nos interpela a entrar en un proceso de “conversión ecológica” que redefina nuestra misión y estilos de vida (cf. LS 216-232). ¿Cómo traducir en nuestras personas y comunidades la llamada de la Iglesia a combatir la lógica de la violencia, el consumo exacerbado, el aprovechamiento, el egoísmo? (cf. LS 230) ¿Cómo cultivar las actitudes del corazón que permiten vivir con sobriedad y sencillez, con una alegría profunda, sin obsesionarse por el consumo? La pasión por la vida pertenece a la entraña misma de nuestra vocación misionera (cf. PTV 8): ¡Contribuyamos a que la humanidad no defraude las expectativas divinas!*¹⁴.

¹³ Cf. LS 81; EG 178, 274.

¹⁴ Cf. LS 61; HAC 2i.

EL CLAMOR DE LOS POBRES Y POR LA JUSTICIA

9. El grito de los pobres y los necesitados se oye de formas muy diversas en nuestro mundo. Nos interpelan las situaciones de desigualdad e injusticia que generan una brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, el creciente número de los excluidos y descartados (inmigrantes, desplazados, refugiados, personas sin hogar, poblaciones acosadas, mujeres despreciadas, niños, ancianos y enfermos abandonados...) y las múltiples manifestaciones de la violencia (a veces incluso en nombre de credos y religiones). Millones de inocentes sufren sin razón; las catástrofes llamadas naturales dañan singularmente a miles de familias a las que los demás no hemos protegido. El poder y el dinero han desplazado a Dios y al prójimo del centro de muchos corazones.
10. *Nos preguntamos en qué medida nosotros también participamos de ese inmediatez egoísta que está arrasando el mundo¹⁵ y nos sentimos llamados a denunciar la idolatría del dinero y el mercado y a impulsar la inclusión social de los pobres, el diálogo, la paz, la justicia y la defensa de la integridad de la Creación (JPIC)¹⁶. Unidos a Dios, queremos oír este clamor y responder a él con todas nuestras fuerzas (cf. EG 187-192), cooperar con la acción liberadora del Espíritu e identificarnos con el Cristo hecho pobre y siempre cercano a los pobres y excluidos (cf. EG 178, 186). No se trata sólo de alentar pequeños gestos hacia personas concretas, sino de empeñarnos con caridad y compasión en la instauración del Reino, en su llegada a todas las dimensiones de la vida de todas las personas, de todos los ámbitos de la convivencia social y de todos los pueblos¹⁷.*

EL SUEÑO DE LA PAZ Y LA RECONCILIACIÓN

11. La humanidad ha mostrado en las últimas décadas intensos deseos de unidad. Su conciencia de formar una sola familia crece y se manifiesta con especial fuerza en las generaciones más jóvenes. La búsqueda del difícil equilibrio entre la unidad y la diversidad provoca bastantes tensiones, resueltas a menudo dañando la paz. La violencia afecta y castiga a muchos pueblos de la tierra. Millones de personas viven hostigadas, tienen miedo, se ven obligadas a dejar sus hogares, ven amenazados sus derechos (cf. EG 217-221) y miles de cristianos sufren persecución por la fe.
12. Pero al mismo tiempo muchas personas y grupos trabajan por la paz a través del diálogo paciente y perseverante, la búsqueda de reconciliación, la construcción de una vida social armónica y respetuosa con todos. ¡La esperanza también se abre paso en el mundo! Le abren camino personas, grupos, movimientos, organizaciones, comunidades, pueblos enteros. Juegan en ello un papel fundamental las familias, las instituciones educativas (cf. HAC 2g) y quienes se comprometen con valentía en políticas que promueven el desarrollo integral, el bien común, la transparencia, la honradez, el servicio a los demás y la lucha contra la corrupción. También la Iglesia quiere ser sacramento de un mundo en *shalom*; quiere ser católica, es decir, abierta a todos, al otro, sin herirlo ni eliminarlo, hasta que un día todos seamos reino y pueblo de Dios.
13. *Por eso nos sentimos llamados a configurar nuestra vida y misión como diálogo profético (interconfesional, interreligioso, político...) y expresión de compasión¹⁸. Y, desde ahí, favorecer lo que une, reconcilia y pacifica, derribar los muros que separan, respaldar a quienes trabajan por la paz y la reconciliación, sean del credo y la mentalidad que sean (cf. HAC 2b). La cordialidad que se nos ha concedido como don nos ayudará a ello.*

¹⁵ Cf. EG 193-195; LS 162.

¹⁶ Cf. EG 186-258; HAC 2.

¹⁷ Cf. EG 179-181, 236.

¹⁸ Cf. EG 238-258; MV 15.

EL SENTIDO DE LA VIDA Y SU CUIDADO

14. En muchas de sus dimensiones, la realidad es hoy escenario de tendencias contrapuestas, de la lucha entre culturas promotoras de vida y culturas difusoras de muerte¹⁹. Por un lado, crece el aprecio por el don de la vida: los seres humanos somos felices cuando conseguimos establecer relaciones de amor y cuidado, potenciadas por la interacción que facilitan los medios de comunicación. Pero, al mismo tiempo, millones de personas experimentan la soledad y el abandono, las adicciones dañinas, la fragilidad, la enfermedad, la depresión y el peso de una culpa no integrada. Muchos de nuestros contemporáneos viven “una tristeza infinita” (EG 2, 265).
15. En bastantes regiones del mundo en las que la fe orientó durante siglos la búsqueda del sentido de la vida, Dios ha perdido significado e importancia para muchos. Junto a millones de personas de buen corazón, no faltan quienes han convertido la satisfacción del propio interés y placer en el principal sentido de su vida. A todos nos acecha esta tentación. En no pocas sociedades algunos valores fundamentales (los de la familia, el bien común, la preocupación por el débil...) se han deteriorado o sometido a una fuerte relativización. La fragmentación y aceleración de la vida dificultan la serenidad, la profundización y la formación de criterios (cf. LS 18). Niños, adolescentes y jóvenes, singularmente vulnerables, crecen sin referentes, privados a menudo de la felicidad que Dios les desea y de mediaciones para descubrirla; sus problemas y necesidades y los de sus familias nos interpelan con una fuerza especial (cf. HAC 2c, 60). La Iglesia nos invita hoy a ser mensajeros de la alegría y la misericordia del Evangelio, a romper la barrera de la indiferencia, a acompañar y abrir sin miedo el corazón a quienes viven en las más contradictorias periferias existenciales (cf. MV 15).
16. *Nos sentimos llamados a descubrir y activar en nosotros los dones del Espíritu, a compartir la alegría y la bienaventuranza del Evangelio, a poner en práctica las obras de misericordia corporales y espirituales (cf. MV 15) y a expresar nuestra cordialidad en el encuentro con cada persona (cf. EG 127) y en el cuidado de los más frágiles (cf. EG 209-216), a ser – personalmente y como comunidad– testigos creíbles de esperanza en el Dios que nunca quiere esconderse, a “vivir en misericordia” y potenciar el anuncio alegre del perdón y el valor revolucionario de la ternura y el cariño*²⁰.

EL NUEVO CONTINENTE DIGITAL Y TECNOLÓGICO

17. La tecnología ha revolucionado el mundo de las comunicaciones, hasta el punto de que cabe hablar de un “nuevo continente” digital poblado por millones de internautas. Las posibilidades de acceso a la información y el intercambio instantáneo de mensajes aumentan de día en día. El mundo se convierte cada vez más en una “aldea global”, aunque sigue habiendo muchos pueblos y personas injustamente desconectados. Se multiplican también las formas de manipulación y control. La Iglesia nos invita a hacernos presentes en este “nuevo continente” a la vez que nos advierte de sus ilusiones y trampas (cf. LS 47).
18. *Como servidores de la Palabra, nos sentimos llamados a escrutar los signos de Dios en el mundo digital, a compartir nuestra experiencia del Evangelio con nuevos códigos comunicativos y a combatir los virus de la manipulación, la superficialidad y la despersonalización. ¡Qué revolución habría alentado Claret si hubiera dispuesto de las posibilidades que ofrecen hoy estas tecnologías! (cf. HAC 2j).*

¹⁹ Cf. PTV 6-7; HAC 2a.

²⁰ Cf. EG 288; MV 9-10.

UNA IGLESIA EN SALIDA

19. Consciente de estas y otras muchas interpelaciones, la Iglesia se ha propuesto servir al Reino como “Iglesia en salida” hacia las periferias humanas: acompañando la vida de los pobres, insertándose en ella y tratando de conocer el alma de los pueblos, de reconocer en cada uno de ellos los signos de la presencia de Dios y de crear puentes entre el Evangelio y toda cultura²¹. Mas, como en las primeras comunidades, también hoy algunos discípulos dudan: ¿será tan conveniente *salir*?, ¿no deberíamos prepararnos mejor, esperar otro momento?, ¿no nos contaminaremos en el encuentro con otros? Agradecidos al magisterio de los sucesores de Pedro, percibimos en las palabras del papa Francisco una hondura y frescura misioneras muy concordes con el espíritu que animó a Claret.
20. *Nos sentimos así llamados a abandonar nuestras zonas de confort y nuestra excesiva preocupación por nosotros mismos (cf. EG 2, 27), a impulsar la disposición de la Iglesia “en estado permanente de misión” (EG 25), a potenciar en ella nuestra “salida misionera” según nuestro carisma evangelizador, a superar cualquier tipo de acedia o mundanidad²², y a crecer en disponibilidad misionera, inculturación, encarnación y apertura a la misión mundial de la Iglesia y la Congregación²³.*

EN EL PUEBLO DE LOS MUCHOS ROSTROS Y CARISMAS

21. Somos cada vez más conscientes de que el anuncio del Evangelio es tarea de todo el pueblo de Dios: el pueblo de los muchos rostros, de los diversos carismas, formas de vida y ministerios, en el que todos somos discípulos-misioneros (cf. EG 11-21). Un pueblo que busca la transformación del mundo según el diseño de Dios.
22. *Desde el don vocacional misionero recibido, nos sentimos interpelados a ser agentes activos de una eclesiología de comunión-misión en la que todos (mujeres y varones) participen y nadie sea excluido, y a colaborar en la creación y consolidación de comunidades cristianas llenas de vida y de la alegría del Evangelio (cf. CC 47). En este tiempo la llamada emanada de Claret a pensar y hacer con otros resuena en nosotros de una manera especial²⁴.*

LA SEDUCCIÓN DEL ESPÍRITU

23. Nuestro tiempo se caracteriza simultáneamente por la búsqueda y el ansia de una espiritualidad integradora y no dualista, por la seducción de múltiples idolatrías y la extensión de la increencia. Todo ello conforma nuevos escenarios de evangelización. Por eso, la Iglesia quiere “evangelizadores con Espíritu”, en quienes arda ese fuego²⁵. Estos evangelizadores oran y trabajan, se comprometen social y misioneramente y respiran con el pulmón de la oración y la intercesión. Su vida en el Espíritu se traduce en actitudes anti-idolátricas, en contemplación y adoración, pobreza, humildad, sencillez, autenticidad y honestidad.
24. *Esta interpelación nos lleva a crecer en un profundo camino de espiritualidad –personal y comunitario–, en el que el Espíritu sea siempre nuestro guía e inspirador y un auténtico discernimiento espiritual oriente y acompañe cada uno de nuestros pasos (cf. HAC 54.4). Conscientes de nuestras limitaciones y pecados, sentimos como dirigida a nosotros la invitación de la Iglesia a las personas consagradas a ser testigos alegres de la primacía absoluta de Dios y de su Reino.*

²¹ Cf. EG 20-24, 115-118.

²² Cf. EG 81-83; 93-97.

²³ Cf. CC 48; HAC 22.

²⁴ Cf. Dir 114; HAC 22.

²⁵ Cf. EG 261-262; HAC 1-65.

LA GRACIA DE SER COMUNIDAD MISIONERA

25. Como canta el salmo 133, ¡qué bello y bueno es vivir los hermanos unidos! ¡Qué alegría brota al constatar la implantación y consolidación de la Congregación en tantas partes del mundo, la vida deshinchada en el servicio de tantos enfermos y ancianos (cf. EG 96), la intensa vivencia fraterna de nuestros mártires, la entrega callada, generosa e ilusionada de muchos de nuestros hermanos de todas las edades! ¡Qué tristeza da, por el contrario, comprobar que no siempre somos fieles a los dones del Señor!
26. Mediación principal de la Misión, la comunidad de los discípulos-misioneros con y desde Jesús nos ayuda a pasar de la preeminencia del *yo* a la primacía del *nosotros* y nos hace testigos y mensajeros del Reino (cf. HAC 17). Llamados a tener un solo corazón, una sola alma y todo en común (cf. Hch 4, 32), lejos de pedir que cada uno de nosotros deje de ser él mismo, el Evangelio nos invita a desplegarlos en ese compartir para el que hemos sido creados: nuestro ser en común fortalece, enriquece y da hondura a nuestro ser personal. Somos *yo* porque estamos llamados a ser *nosotros*. La comunidad misionera –don precioso–, alimentada plenamente en la Eucaristía, es espacio privilegiado que permite y fortalece nuestra plenitud personal (cf. CC 10-12). En este mundo de tanta tristeza e insatisfacción, la vocación misionera llena de alegría y permite una verdadera felicidad que no se paga con nada²⁶.
27. *Por eso, nos sentimos interpelados a promover la belleza de la comunidad y a reactivar nuestra Alianza fraterna²⁷, así como a evitar la indiferencia, la existencia entre nosotros de grupos sin vivencia comunitaria y de individualismos apostólicos, de personas que vivan de espaldas a los demás y separadas de ellos. También nos sentimos llamados a cultivar la escucha (dentro y fuera de la comunidad), la sensibilidad por el otro, la comunicación espiritual, las relaciones fraternas y la transparencia en el compartir nuestros bienes. Que el Espíritu nos ayude a hacer siempre de nuestra vida fraterna un anuncio gozoso y transparente del Reino.*

LA FIDELIDAD A LA VOCACIÓN MISIONERA CLARETIANA

28. En las últimas décadas, con ocasión de las beatificaciones de hermanos nuestros, hemos contemplado con gran alegría el amor, aprecio y fidelidad a la vocación demostrados por tantos misioneros claretianos de todos los tiempos y procedencias. Nos impresiona y llena de gozo también constatar la entereza fiel y sencilla con la que miles de personas con las que compartimos la fe han conservado los dones de Dios en medio de la dificultad.
29. En 2009, nuestro XXIV Capítulo General nos invitó a vivir con más gozo y hondura nuestra vocación misionera y pertenencia congregacional (cf. HAC 37). Hoy sentimos esa misma llamada con nueva intensidad. Constatamos con gozo que la colaboración entre Organismos y la comunicación de bienes nos han ayudado a profundizar nuestra pertenencia a la Congregación, pero seguimos llamándonos a fortalecer estas dimensiones que expresan nuestra verdadera fraternidad²⁸.
30. *Acogiendo la insistencia de la Iglesia, nos sentimos invitados –personal y comunitariamente– a cultivar una fidelidad creadora que consolide y profundice nuestra identidad misionera, reinterpretar el carisma en nuevos escenarios y nos induzca a vivirlo con más alegría. Constatamos con preocupación la observación ya realizada por el Capítulo General de 2009: “No estamos tan cerca de los jóvenes ni tan dispuestos a acompañarles como creemos” y reiteramos su propuesta de que todos y cada uno nos impliquemos más decididamente en invitarles a ser servidores para el Reino y ministros de la Palabra (cf. HAC 19).*

²⁶ Cf. Sal 16; HAC 33.

²⁷ Cf. HAC 16-17, 56.

²⁸ Cf. HAC 23-27, 64-65.

31. *Vemos la necesidad de alentar en nosotros mismos una pastoral de la fidelidad a la vocación, de tomar más conciencia de que hemos de cuidarnos unos a otros con respeto y, a la vez, con valentía (cf. CC 53-55) y de acoger la intensa llamada a la credibilidad que la Iglesia se hace a sí misma. Agradecemos el esfuerzo que muchos hermanos han hecho y hacen por cualificar la formación en la Congregación, pero vemos con claridad que necesitamos intensificar la capacidad transformadora de los procesos formativos. La verdadera preocupación de un claretiano por la formación inicial se comprueba en la seriedad de su dedicación a su propia formación continua como discípulo-misionero, formación que en ningún momento puede darse por terminada.*

32. La Iglesia está convencida de que hoy el Espíritu nos pide una “conversión pastoral y misionera que no puede dejar las cosas como están”, “capaz de transformarlo todo ... y convertirlo en cauce adecuado de evangelización” (cf. EG 25-33). Su palabra también nos advierte sobre las tentaciones que acechan a los evangelizadores (cf. EG 76-109). Su interpelación y todas las que hemos constatado nos plantean grandes interrogantes:

- *¿Cómo podemos ser hoy testigos-mensajeros de la alegría del Evangelio en cada uno de nuestros pueblos?*
- *¿Cómo alentar una etapa evangelizadora más abierta al Espíritu, fervorosa, alegre, audaz, llena de amor hasta el fin y de vida contagiosa (cf. EG 261)?*
- *¿Cómo colaborar con el Espíritu para suscitar nuevos caminos y lenguajes, métodos creativos y símbolos más elocuentes del Reino (cf. EG 11)?*

33. Los interrogantes son muchos, pero no nos desbordan. Sabemos que Jesús camina con nosotros, nos habla y busca con nosotros la gloria del Padre: que el ser humano viva, que el pobre viva, que la naturaleza viva (cf. PTV 8). Unidos a Jesús, confiados en su Espíritu, descansando en los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa, el Espíritu nos impulsará hacia donde quiera y nos hará, a su debido tiempo, “misteriosamente fecundos” (cf. EG 279-280).

II

RASGOS CARISMÁTICOS EN LA MISIÓN

*“Si uno escucha mi llamada y abre la puerta,
entraré en su casa...” (Ap 3, 20)*

34. Nuestra Congregación, presente en los cinco continentes, desea escuchar las interpelaciones de Dios, que sigue llamando amorosamente a nuestra puerta. Como herederos del carisma de san Antonio María Claret, nos preguntamos: *¿Qué nos pide el Espíritu en este momento de la humanidad para mantener viva y fecunda la herencia recibida?*
35. En 1979, el XIX Capítulo General se hizo una pregunta parecida y plasmó su respuesta en *La Misión del Claretiano Hoy (MCH)*. Entonces, evocando el Capítulo Especial de 1967, la Congregación enumeró los siguientes “rasgos identificadores de todo claretiano:
- Profunda experiencia de Dios como Padre: vivencia de la filiación divina.
 - Configuración con Cristo ungido y enviado para salvar a los hombres.
 - Profundo sentido de la filiación mariana.
 - Estricta vida evangélica, siguiendo a Cristo pobre, virgen y obediente.
 - Vida de comunidad al estilo de los apóstoles.
 - Expresión ferviente de la caridad que une a Dios y celo apostólico por la salvación de los hombres.
 - Ministerio en fe, oración y amor a la Palabra escuchada y asimilada” (*MCH* 82-83).

Dicho Capítulo describió además unas actitudes presentes en Claret y en muchos misioneros claretianos (cf. *MCH* 84-85) y propuso unas opciones que hoy la Congregación afirma que “deben guiar y articular toda nuestra acción misionera” (*Dir* 110-115). Casi cuarenta años después, nos llena de gozo constatar la afinidad de aquel discernimiento con el realizado en este XXV Capítulo General.

36. Acogiendo la llamada de la Iglesia con ocasión del Año de la Vida Consagrada, reconocemos agradecidos que el Señor nos ha bendecido generosamente. Aunque el pecado ha seguido y sigue dándose entre nosotros, los signos de su gracia han sido y son mucho más numerosos. Unidos a María, deseamos extender su *Magnificat* porque el Poderoso ha hecho obras grandes:
- El espíritu de Claret se mantiene vivo y se muestra cada día más inspirador.
 - La Palabra de Dios ocupa un lugar cada vez más central en nuestra misión y espiritualidad.
 - Ha alentado la extensión de la Congregación y la ha enriquecido con Misioneros procedentes de muchos pueblos.
 - Sostiene nuestra fraternidad y nos ayuda a abandonar celos y prejuicios y a consolidar nuestra comunión.
 - Ha fortalecido nuestra conciencia de comunión eclesial y nos ha concedido un mejor conocimiento del don de la Misión.
 - Nos ha hecho capaces de responder a las necesidades de muchas personas, particularmente entre los pobres, y a los nuevos rostros de la pobreza.
 - Nos ha estimulado con el ejemplo de nuestros mártires y el reconocimiento eclesial de su testimonio.
 - Nos ha bendecido con el ejemplo de entrega diaria de muchos claretianos (misioneros en formación, hermanos, diáconos y presbíteros).
 - Ha hecho crecer la colaboración y la comunión de bienes y recursos entre nosotros.

37. En esa singladura, el Espíritu nos ha dotado de un cuerpo doctrinal sólido y profundo, recordándonos que sus dones no se reciben sólo para ser conservados, sino profundizados y desarrollados en docilidad a su acción siempre nueva y creadora²⁹. ¿Con qué rasgos querrá el Espíritu que se nos identifique, especialmente en los próximos años? ¿Aconsejan las interpelaciones que resaltemos algunos de ellos? Creemos que sí. Afirmando su importancia en este momento, destacamos varios de nuestros rasgos carismáticos sin cuestionar la de otros, e invitando a tomar conciencia de la estrecha relación que todos tienen entre sí.
38. Constatamos con singular alegría la relevancia que los miembros de la Congregación damos a nuestra condición de *Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María*. Contemplar a María ayudará a entender mucho mejor estos rasgos.

MISIONEROS “CON ESPÍRITU”

“¡Alégrate!... ¡No temas!...
El Espíritu Santo vendrá sobre ti” (Lc 1, 28. 30. 35)

39. Hemos sido agraciados con una espiritualidad peculiar, heredada de san Antonio María Claret y nuestra rica tradición. Como Hijos del Inmaculado Corazón de María, estamos llamados a ser hombres abiertos al Espíritu, conducidos por Él y siempre dóciles a sus mociones: hombres que arden en caridad. La Iglesia actual refuerza este rasgo cuando habla de “evangelizadores con Espíritu” (EG 259), que arden en el fuego del Espíritu (cf. EG 261) y de la Misión (cf. EG 268-274).
40. Nuestro camino de espiritualidad en misión abre en cada uno de nosotros y en cada comunidad procesos de escucha del Maestro, de identificación progresiva con su estilo de vida obediente, célibe y pobre (cf. CC 39); y potencia nuestro testimonio y anuncio evangélico con la audacia (*parresía*) de los grandes misioneros: en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente. Nuestra docilidad al Espíritu hace florecer en nosotros virtudes características de nuestro carisma misionero (cf. CC 39-45): audacia y creatividad³⁰, cordialidad³¹, alegría³², cercanía³³, humildad y mansedumbre³⁴. Y ante las situaciones de disminución, persecución y muerte, nos gloriamos en la cruz de Cristo³⁵. Sin una fuerte espiritualidad y oración incesante (cf. CC 33), no seremos creíbles, capaces de comunicar el Evangelio, ni de llegar a ser místicos en la misión.
41. Por eso, pretendemos:
- 1) Vivir en *actitud de discípulos*, sensibles para reconocer los signos del Espíritu en contacto cordial y atento con las personas; capaces de acoger el don de Dios que habita en la historia y de leer los acontecimientos desde la fe y nuestro carisma.
 - 2) Cultivar nuestra *espiritualidad de hijos del Inmaculado Corazón de María*, formados en la fragua de su Corazón.
 - 3) Colocarnos en *actitud de éxodo*, colaboradores del Espíritu en la transformación de la realidad, ámbito privilegiado para el discernimiento misionero, que busca lo más urgente, oportuno y eficaz.

²⁹ Cf. CdC 20; HAC 28.

³⁰ Cf. CC 46, 62; EG 33.

³¹ Cf. CC 40; EG 44-45.

³² Cf. CC 58; EG 21.

³³ Cf. CC 46; EG 23.

³⁴ Cf. CC 41, 42; EG 146.

³⁵ Cf. Flp 2, 6-11; CC 43-45.

- 4) Ser testigos de la alegría que el Espíritu genera en nosotros, superando el pesimismo, la acedia, la mundanidad y nuestras debilidades.

OYENTES Y SERVIDORES DE LA PALABRA DE DIOS

“Que se cumpla en mí tu Palabra” (Lc 1, 38)
“Haced lo que Él os diga” (Jn 2, 5)

42. Nuestra herencia carismática nos define como “oyentes y servidores de la Palabra”³⁶. Somos en la Iglesia y en la sociedad la resonancia de Claret (cf. *Aut* 686), apasionado ministro del Evangelio a tiempo y a destiempo a través de todos los medios de los que disponía³⁷. Como Hijos de su Corazón, queremos, como María, acoger la Palabra, meditarla en nuestro corazón y proclamarla con pasión.
43. El caminar de la Iglesia nos ha hecho comprender de una forma nueva que nuestro Dios nos habla para establecer un diálogo de vida permanente con nosotros: el diálogo de la Alianza. El Padre, que habla de muchos modos y maneras –en la creación, en la historia humana de salvación, en la Escritura– lo hace de forma culminante en su Hijo Jesús, la Palabra encarnada, y en los Sacramentos de su Presencia³⁸. Con la Madre Iglesia, cabe hablar de una “sinfonía de la Palabra”. Dios Padre espera de nosotros una respuesta libre y comprometida. La escucha de la Palabra genera en nosotros hábitos de silencio, adoración, contemplación y discernimiento.
44. El Espíritu nos hace comprender las profundidades de Dios (cf. *I Cor* 2, 11). La clave hermenéutica para escuchar la Palabra es el amor de Dios hacia su pueblo y la revelación de los misterios del Reino a los sencillos, los pobres y excluidos (cf. *VD* 90-108). El ministerio de la Palabra pertenece a lo más genuino de nuestra experiencia carismática; es un punto de interconexión entre misión y vida. Si no favorecemos el diálogo de la Alianza con nuestro Dios y con todos los que de una u otra forma escuchan su voz, vana es nuestra predicación.
45. Por eso, pretendemos:
- 1) Propiciar *la escucha vocacional y pastoral de la Palabra* que hace de la Biblia – especialmente a lo largo del año litúrgico– la guía del camino de Dios con nosotros y de nosotros con Dios.
 - 2) *Leer, comprender y acoger la Palabra bajo la acción del Espíritu* (cf. *VD* 15) y descubrir cómo en ella Jesucristo mismo nos habla, se dirige a nosotros, nos ayuda a interpretar los signos de los tiempos, nos indica la Misión (cf. *VD* 12).
 - 3) Fomentar *la escucha contextualizada de la Palabra*, compartida con otros, y descubrir su fuerza transformadora que nos lleva a la conversión y nos sana (cf. *Mt* 8, 8).
 - 4) *Escuchar a Dios en los acontecimientos de la vida*, sobre todo en la de los pobres y de quienes sufren violencias e injusticias.
 - 5) *Ser enviados a proclamar la Palabra*, valiéndonos de los medios más adecuados, sobre todo allí donde la Palabra no es escuchada o no encuentra una adecuada respuesta.
 - 6) *Ser mensajeros, testigos e intérpretes de la Palabra*, escuchando al Dios que habla a través de las diversas culturas y tradiciones religiosas, y hablando nosotros de Dios con un lenguaje inculturado.

³⁶ *CC* 6; *SP* 7.

³⁷ Cf. *Aut* 113, 118.

³⁸ Cf. *VD* 6, 7, 8, 22-26.

- 7) *Ser profetas que anuncian la Palabra de Dios* y testimonian lo que predicán con la propia vida en todos los ámbitos.
- 8) *Ser hombres de diálogo*, capaces de realizar gestos significativos (los signos poderosos de Jesús) para que otros creen el mensaje del evangelio.

MISIONEROS EN COMUNIDAD

*“Ahí tienes a tu madre...
Y desde aquel momento el discípulo la acogió como suya” (Jn 19, 27)*

46. Desde el principio hemos vivido en comunidad, al estilo de los apóstoles con Jesús y de la comunidad primera, que tenía un solo corazón y una sola alma y todo en común³⁹. En la comunidad nos sentimos hijos de Dios Padre y enviados por Él, hermanos entre nosotros. Como el discípulo amado, acogemos como madre a María en nuestra casa. Vivir en comunidad misionera es un don del Espíritu Santo, que hemos de acoger y cuidar amándonos mutuamente (cf. CC 15); es Él quien edifica nuestra comunión y nos configura como discípulos-misioneros en el pueblo de Dios. Nuestras comunidades –intergeneracionales e interculturales (cf. CC 17)– están llamadas a ser parábola de comunión, signo escatológico, palabra evangelizadora en el mundo de hoy.
47. Como testigos y mensajeros de la alegría del Evangelio en comunidad apostólica, nos esforzamos por conocer juntos las periferias humanas que más nos interpelan en cada lugar y por estimular una disposición de salida misionera. En actitud de auténtico discernimiento comunitario, tratamos de plasmar la visión común en un proyecto de misión. En él integramos los ministerios y servicios de todos y cada uno según nuestro don, carisma y condición. Crece así nuestra conciencia de que somos un cuerpo con diversos miembros en misión y evitamos individualismos.
48. Por eso, pretendemos:
 - 1) Ir configurando nuestras comunidades como *signo escatológico de unidad, paz y reconciliación*.
 - 2) Construir la comunidad misionera entre todos con *espíritu de diálogo, aceptación y aprecio mutuo*, discerniendo los servicios y ministerios de todos.
 - 3) Reforzar *el sentido de pertenencia y corresponsabilidad comunitaria*.
 - 4) Valorar y acoger como imprescindible *el ministerio de intercesión y ofrecimiento* de nuestros hermanos ancianos, enfermos e impedidos.
 - 5) Apreciar e integrar *los impulsos renovadores de las nuevas generaciones*.

ENVIADOS A EVANGELIZAR Y ESCUCHAR A LOS POBRES

*“Porque se ha fijado en la humillación de su esclava...
Derriba del trono a los poderosos y eleva a los humildes” (Lc 1, 48. 52)*

49. Nuestro Padre Fundador interpretó su vocación a partir de la escena de la sinagoga de Nazaret en que Jesús se identificó con el ungido para evangelizar a los pobres⁴⁰. Nuestras Constituciones nos presentan a nuestra Madre María como la primera entre los pobres del Señor (cf. CC 23). La

³⁹ Cf. Hch 4, 32; CC 10.

⁴⁰ Cf. Aut 118, 687.

Congregación –en su proceso de vuelta al Evangelio y adaptación a los tiempos– ha profundizado en su llamada a evangelizar a los pobres y a dejarse evangelizar por ellos. Y hoy escucha aún con más fuerza la llamada de la Iglesia a resaltar mucho más en nosotros, con audacia y creatividad, la opción por los pobres y desplazados. No se puede ser claretiano como si los pobres no existieran⁴¹. Tampoco se puede ser claretiano sin denunciar las estructuras de injusticia, sin luchar contra el sistema que las perpetúa, proponiendo alternativas. Los pobres son “los destinatarios privilegiados del Evangelio”⁴². A través de ellos –como en María– el Evangelio nos habla e interpela con una voz nueva.

50. Nuestra opción por los pobres se hace creíble a través de un estilo de vida pobre y austero y la comunión de bienes entre nosotros y con los más necesitados. Implica también gestionar nuestros bienes sin avaricia, confiando en la Providencia de Dios Padre y excluyendo cualquier colaboración con el dios de las riquezas injustas, tal como Jesús nos enseñó⁴³. La pobreza evangélica, elegida y profesada, es nuestra bendición.

51. Nos indigna y conmueve que en este tiempo de tanto progreso científico y tecnológico exista una mayoría de hombres y mujeres que viven precariamente el día a día; que contando con tantos recursos, predomine una economía de exclusión, una cultura de descarte; que la indiferencia se globalice (cf. *EG* 53-54). Como evangelizadores, queremos ser “instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres” (*EG* 187) y estremecernos misericordiosamente ante el dolor ajeno (cf. *EG* 193), para llegar a ser una Congregación pobre y para los pobres (cf. *EG* 198), que se deja evangelizar por ellos y con ellos evangeliza.

52. Por eso, pretendemos:

- 1) *Acoger, escuchar, acompañar y cuidar a los más frágiles de la tierra*: los sin techo, tóxico-dependientes, refugiados, migrantes, indígenas, ancianos, mujeres maltratadas, niños por nacer, todos los explotados e indefensos⁴⁴.
- 2) Abrirnos a nuevas experiencias del Espíritu que *nos hace* salir hacia las periferias de pobreza, exclusión y descarte, que *nos agracia* con el don de la misericordia y la compasión, que *nos concede* una visión profética alternativa desde las periferias –auténtico “lugar teológico” y hermenéutico– y que *nos lleva* a promover culturas éticas de cooperación y solidaridad.
- 3) Dar un *testimonio real de pobreza y austeridad*, tanto personal como comunitaria, y compartir nuestros bienes en favor de la promoción de los pobres.
- 4) *Unirnos con los pobres, que son agentes evangelizadores*, protagonistas de la única Misión que viene del Espíritu.

CON TODA LA IGLESIA Y QUIENES BUSCAN LA TRANSFORMACIÓN DEL MUNDO

*“Todos ellos, con algunas mujeres, la madre de Jesús y sus parientes,
permanecían íntimamente unidos en la oración”
“Estaban todos reunidos... Se llenaron todos de Espíritu Santo
y empezaron a hablar en lenguas extranjeras según el Espíritu” (Hch 1, 14; 2, 1. 4)*

⁴¹ Cf. *CC* 44, 46; *EG* 80.

⁴² Cf. *CC* 3, 24; *EG* 48.

⁴³ Cf. *Mc* 10, 17-31; 12, 28-34.

⁴⁴ Cf. *EG* 169; 209-216.

53. Nuestro Padre Fundador nos enseñó que la misión evangelizadora es una obra ingente de transformación del mundo que ha de ser llevada adelante “entre todos”, en favor de todos y para hacer felices a nuestros prójimos⁴⁵. En Pentecostés el Espíritu se derramó sobre toda la asamblea cristiana, sobre “jóvenes y ancianos”, “hijos e hijas” y “sobre toda carne”⁴⁶. María, nuestra Madre, estaba allí, como testigo y mensajera del misterio íntegro de Jesús, en la comunidad que tenía un solo corazón y una sola alma (cf. *Hch* 1, 14). Para nuestra Congregación, “evangelizar con otros”, multiplicar líderes evangelizadores y vivir la misión compartida es un rasgo carismático ineludible (cf. *CC* 3, 7, 48) que entendemos y practicamos de diversos modos.
54. Vivimos el carisma de Claret de distintas formas: hermanos, estudiantes, diáconos y presbíteros. Nuestras comunidades son el primer espacio de misión y vida compartida. Cuando vemos que hay personas que se sienten agraciadas con el carisma de Claret y llamadas a compartirlo desde otras formas de vida o a colaborar con nosotros en nuestras iniciativas misioneras nos asociamos en misión conjunta como “familia extendida”.
55. Somos miembros de una iglesia “en misión” por obra del Espíritu, parábola de comunión de carismas y ministerios diversos: “Hay en la Iglesia pluralidad de ministerios, pero unidad de misión” (*AA* 2). Por eso nos insertamos activamente en las iglesias locales y colaboramos con otros institutos de vida consagrada (inter-congregacionalidad) y movimientos, según nuestra identidad carismática.
56. Sabemos que los problemas de la humanidad necesitan una respuesta consensuada y compartida. El Espíritu se derrama más allá de los límites de la Iglesia, cuando y como quiere (cf. *Jn* 3, 8). Por eso, deseamos colaborar estrechamente con todas las personas –cristianas o no– que actúan de manera compatible con los valores del Reino, sumándonos a sus iniciativas y acciones.
57. La misión compartida no es, por tanto, una estrategia sino nuestro modo de ser y actuar⁴⁷. Por eso, pretendemos:
- 1) Aprender el mejor modo de *compartir nuestro carisma evangelizador y misionero* con quienes desde diversas formas de vida (consagrada, laical, matrimonial, ministerial) han sido agraciados con él y forman con nosotros la Familia Claretiana.
 - 2) Promover –según nuestro carisma– una *Iglesia de participación y comunión*: colaborar en la misión y vida de cada Iglesia particular, ayudar a configurar la Iglesia “familia de Dios” que acoge y cuida a todos sus miembros⁴⁸ y estar abiertos a compartir servicios misioneros y vida comunitaria con otros institutos o formas de vida.
 - 3) *Colaborar en redes* (como las constituidas por algunas ONGs), sinergias y proyectos de los que no somos protagonistas.

⁴⁵ Cf. *Aut* 202, 213.

⁴⁶ Cf. *Hch* 2, 16-18; *Joel* 2, 28.

⁴⁷ Cf. *Dir* 114; *PTV* 37; *HAC* 58.4.

⁴⁸ Cf. *Ecclesia in Africa* 63.

ABIERTOS A TODO EL MUNDO EN DIÁLOGO PROFÉTICO

“No tienen vino... Haced lo que él os diga” (Jn 2, 3. 5)

58. Como Claret, estamos convencidos de que nuestro espíritu es para todo el mundo⁴⁹. Hoy entendemos el mundo en un sentido global: el otro, la naturaleza, el cosmos, el mundo virtual, etc. Este mundo ya está habitado por Dios. Necesitamos una sensibilidad que nos ayude a descubrir todo lo que Él ya hace en el mundo (cf. *RM* 28). De aquí brota nuestro diálogo con las ciencias, la cultura, las religiones, etc.
59. La Misión significa anunciar el Evangelio teniendo en cuenta la acción previa del Espíritu de Dios en el mundo. Así queda configurada como *missio inter gentes*, diálogo profético (cf. *HAC* 58). La Iglesia, que nace de la *missio Dei*, se muestra como una comunidad que no solo da, sino que recibe; que no impone, sino que persuade; que ama y respeta la libertad y la dignidad; que se vacía de sí misma y es humilde para crecer con el otro (cf. *EG* 171). En el diálogo de la vida surgen las cuestiones y planteamientos más serios de la Misión (cf. *LS* 10). Se descubre así cómo Dios se revela en los contextos y cómo estos nos abren a la revelación de Dios.
60. La Congregación asume como propia esta forma de ser oyentes y servidores de la Palabra. El XXIV Capítulo General señaló la importancia del diálogo profético de vida como clave de nuestra acción pastoral y misionera (cf. *HAC* 58, 2). Necesitamos ahora entrar en una nueva fase, abierta y creativa. El diálogo asume diversas formas: diálogo como *presencia* (viviendo más que haciendo), diálogo *interreligioso e intercultural* que promueve la paz y la reconciliación; diálogo *con la creación* que nos lleva a la conversión ecológica. En este diálogo vivimos el anuncio y la denuncia que forman parte de la profecía. Un diálogo que también dirigimos al nuevo continente digital y a las generaciones jóvenes para evangelizar y ser evangelizados. Somos hombres que arden en caridad: “el diálogo es el nuevo nombre de la caridad” (*VC* 74).
61. Cuando el diálogo resulte difícil, la oración, la intercesión, la paciencia, la misericordia y la humildad, fortalecerán nuestra esperanza en que el Espíritu llevará a cabo su obra en los demás y en nosotros.
62. El diálogo profético con todos nos abre nuevos horizontes, nos proporciona posibilidades inéditas y nos concede nuevos impulsos y energías para una misión más creadora, imaginativa e innovadora.
63. Por eso, pretendemos:
- 1) *Hacer del diálogo nuestro estilo y medio de evangelización* que configure nuestras palabras, obras, ministerios y modos de vida.
 - 2) Abrirnos cordialmente a las *nuevas ideas*, con especial atención a las que provienen de las generaciones jóvenes, tratando de comprender sus circunstancias, culturas y modos de ser para discernir y responder adecuadamente, y así favorecer la “mística del encuentro”. Para ello, es necesario inculturarse, superar prejuicios, miedos y defensas.
 - 3) Impulsar el *diálogo ecuménico, intercultural, interreligioso y social*, promoviendo la reconciliación, el perdón y la paz⁵⁰.
 - 4) Plantear la formación –inicial y continua– en la clave del *diálogo profético y la imaginación creadora*.

⁴⁹ Cf. *Carta a Don Giovanni Brunelli* (Vic, 12 de agosto de 1849): *EC* I, 305.

⁵⁰ Cf. *Ecclesia in Africa* 105.

III

PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN

“Cenaré con él y él conmigo.

Al vencedor lo haré sentarse en mi Trono junto a mí” (Ap 3, 20-21)

64. Con la sensibilidad espiritual y carismática que se nos ha concedido y en fidelidad a los rasgos que hemos resaltado, ¿cómo no abrir nuestra puerta a quien nos llama a través del grito de la madre tierra, del clamor de los pobres, de la justicia, de las víctimas de la violencia, del olvido de Dios?
65. Nos proponemos ser, con Jesús, Congregación “en salida” (cf. *Mc* 1, 38) que acoge la llamada de la Iglesia a la conversión pastoral-misionera y ecológica; nos comprometemos a formar, bajo la moción del Espíritu, comunidades de testigos y mensajeros; nos preocuparemos por ser hombres de honda espiritualidad que, dóciles a la recomendación del Papa Francisco a la Congregación, adoramos a nuestro Padre Dios “en espíritu y verdad” (cf. *Jn* 4, 23) y acogemos los procesos de transformación que el Espíritu nos inspira. Y todo esto queremos vivirlo desde el gozo que nace de Dios (cf. *Aut* 444, 754) que María, nuestra madre, experimentó (cf. *Lc* 1-2) y que es característica de la acogida del Evangelio⁵¹. No habrá privaciones y adversidades (cf. *CC* 9, 44) que nos impidan vivir y proclamar las bienaventuranzas de Jesús⁵². El Espíritu de nuestro Padre y nuestra Madre hablará por nosotros⁵³.

“CONGREGACIÓN EN SALIDA”

66. Como a nuestro Padre Fundador (cf. *Aut* 270-271), también hoy santa María de Pentecostés – fuego y corazón– nos inquieta⁵⁴, impulsa nuestra andadura, sacude nuestro miedo e inercias, y nos lanza a proclamar el Evangelio en nuevos escenarios y periferias. Para que el Cristo total nazca y crezca a través de la tensa historia humana; para que seamos testigos de compasión y misericordia, hermanos ecuménicos del mundo.
67. Nuestro **objetivo misionero** en este sexenio será: caminar, abrir fronteras de todo tipo –incluso las del pensamiento–, buscar caminos. Para ello:
- 1) Alentaremos una verdadera *conversión pastoral*: abandonando lo que pueda ser obsoleto y optando, en toda la Congregación, en cada Organismo y comunidad, según el contexto, por iniciativas imaginativas e innovadoras de evangelización que nos lleven a las periferias humanas (exclusión, violencia, injusticia, damnificados por catástrofes, pérdida del sentido de la vida) y a los nuevos escenarios del diálogo profético (interreligioso, interconfesional, intercultural).
 - 2) Incluiremos en nuestra evangelización –compartida con otros y como dimensión ineludible– *la defensa y el cuidado de la vida, la familia, las culturas, los pueblos y la creación*.
 - 3) Contribuiremos a la *multiplicación de líderes evangelizadores* para una Iglesia en salida, inclusiva, participativa y corresponsable. Cualificaremos y coordinaremos todavía mejor los espacios educativos y formativos de que ya disponemos: centros de teología, institutos de

⁵¹ Cf. *Hch* 2, 46; 4, 33; 5, 41; 8, 8; 8, 39; 11, 23; 16, 34...

⁵² Cf. *CC* 4; *Aut* 213.

⁵³ Cf. *Mt* 10, 20; *Aut* 687.

⁵⁴ Recogemos en este párrafo palabras inspiradas en la oración que el P. Pedro Casaldáliga compuso como contemplación del mural que preside la capilla de nuestra Curia General. La oración se encuentra al final de esta declaración.

teología de la vida consagrada, plataforma de formación en línea, proyectos de formación de educadores y de agentes de pastoral, etc.

- 4) Alentaremos una *oportuna y eficaz respuesta a las urgencias evangelizadoras* –de los diversos lugares y ámbitos en que nos encontramos– para no estancarnos y revisar nuestras posiciones.
- 5) Buscaremos modos eficientes *de movilizar, coordinar y animar* –en el conjunto de la Congregación y en los diversos continentes– los objetivos y acciones de la Procura Misionera, del Secretariado de JPIC y de nuestra presencia en ONGs y Naciones Unidas.
- 6) Impulsaremos *compromisos de acogida y acompañamiento de personas y colectivos empobrecidos y excluidos*, promoviendo procesos de inclusión y transformación social.
- 7) *Formaremos personas y equipos* (que conozcan las posibilidades y límites de las tecnologías de la información y la comunicación, TICs) para evangelizar a través de los medios de comunicación. Impulsaremos también la coordinación de los editores claretianos.

68. Nuestro objetivo respecto a la **evangelización de las generaciones jóvenes y su preparación para responder a las llamadas de Dios** durante este sexenio será: salir a su encuentro, caminar con ellas y posibilitar que escuchen las llamadas de Jesús. Para ello:

- 1) Procuremos que cada Organismo cuente con aquellos recursos personales y estructurales necesarios para que la *pastoral de las generaciones jóvenes y la pastoral vocacional específica* estén bien atendidas y articuladas. Para facilitarlo, el Gobierno General elaborará criterios y dinanismos para toda la Congregación a partir de los rasgos carismáticos destacados por este Capítulo.
- 2) Tomaremos muy serio la *preparación humana, teológica, pastoral y espiritual de los agentes de evangelización de los jóvenes*, buscando que estén mejor capacitados para salir a su encuentro, responder creativamente a sus preguntas, acompañarlos con sabiduría en su camino y provocarlos proféticamente en sus decisiones.
- 3) Promoveremos la *creación de grupos y comunidades de adolescentes y jóvenes* en los que se ofrezcan itinerarios de fe, discernimiento vocacional y compromiso cristiano y apostólico.
- 4) Nos responsabilizaremos todos y cada uno de *fomentar las vocaciones* (cf. CC 58). Suscitaremos una auténtica cultura vocacional en la que nos interpeleen de verdad la Palabra de Dios y el contexto humano, se presenten clara y atractivamente las distintas formas de vida cristiana y se proponga de modo más explícito nuestra vocación misionera de “hijos del Inmaculado Corazón de María” en sus diversas formas y modos (cf. CC 7).

SIENDO COMUNIDAD DE TESTIGOS Y MENSAJEROS

69. Ser comunidad es un verbo y no solo un nombre. Es acción, es proceso. Es una gracia que hay que suplicar, cuidar y permitir crecer, no solo una conquista de nuestro esfuerzo. Como hijos del *corazón*, ¿no habremos de poner gran empeño en ser comunidades “de un solo corazón”, “de una sola alma” en las que compartamos nuestros bienes espirituales y materiales, gocemos de la simpatía del pueblo y Dios agregue nuevos miembros (cf. *Hch* 2, 44-47)? Ser comunidad es posible cuando acogemos la presencia del Padre y de la Madre que nos hermanan (cf. *Aut* 609), del único Maestro que nos hace discípulos y nos alegra con su Presencia y del amor del Espíritu que se derrama en nuestros corazones. Solo entonces nuestra misión se vuelve creíble (cf. *Jn* 17, 21).

70. Nuestro objetivo **para crecer como comunidad misionera** en este sexenio será: redescubrir el gozo de vivir en comunidades que son casa y escuela de comunión, dan testimonio de la primacía de Dios y son ellas mismas anuncio del Evangelio. Para ello:

- 1) Fomentaremos entre nosotros *actitudes de aprecio y amor mutuo, de interés por lo que el otro es y hace*. Surgirán así ambientes comunitarios sanos en los que el diálogo fluya, la gracia se comunique, la libertad y confianza se expandan, la alegría del Evangelio se contagie, el perdón y la reconciliación nos restauren y nada ni nadie (por ejemplo, el abuso de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías u otros intereses) nos aíslen.
- 2) Potenciaremos que *cada comunidad se inserte –según nuestro carisma– en la Iglesia local*, esté abierta a colaborar en proyectos supradiocesanos, y se encarne en el medio social, cultural y ciudadano en que habita para transformar la realidad según el designio de Dios y ofrecer nuestra más generosa y cualificada colaboración, solidaridad o ayuda (cf. CC 6, 46).
- 3) Insistiremos en que *cada comunidad elabore su proyecto comunitario (visión, misión y vida) con espíritu de discernimiento, oración y “entre todos”*. Respetando la intimidad comunitaria, podrá ser oportuno a veces contar con otras personas con quienes compartimos misión y carisma. A ello se dedicará el tiempo necesario, que tendrá prioridad sobre otros compromisos. El proyecto será revisado y evaluado periódicamente.
- 4) Haremos que *la conversión pastoral sea una preocupación fundamental en nuestras comunidades*. Para ello, pondremos bajo el discernimiento comunitario nuestros compromisos apostólicos y nuestra implicación en la vida fraterna, para que ambos se armonicen y respondan a las orientaciones de este Capítulo.
- 5) Alentaremos en toda la Congregación –bajo la responsabilidad del Gobierno General– *una reflexión interdisciplinar sobre la vida comunitaria*, realizada a todos los niveles (local, de Organismo, global).

71. Nuestro objetivo respecto a la **economía de nuestra Congregación, Organismos y comunidades**, para el próximo sexenio es: crecer en comunión de bienes, en solidaridad y ser una expresión de la Iglesia pobre y que evangeliza a los pobres, al estilo de Claret. Para ello:

- 1) Redescubriremos *la alegría de ser pobres como Jesús* (cf. CC 23, 26), conformando cada vez más nuestros estilos de vida, organización y actividad económica con la pobreza evangélica misionera que hace creíble nuestra evangelización y da testimonio de solidaridad y de confianza en la Providencia.
- 2) Adoptaremos medidas y *desarrollaremos programas para seleccionar y formar ecónomos locales y provinciales y administradores de obras*, implicando en ellos a las Conferencias interprovinciales.
- 3) Tomaremos *medidas para que los Organismos mayores programen su economía con previsión* (más allá del presupuesto anual), mayor transparencia y competencia, y se doten de un volumen de recursos que sostenga sus ministerios en las periferias y les permita apoyar los de otros Organismos bajo la coordinación del Gobierno General (cf. Dir 582).
- 4) Nos dotaremos de *los instrumentos y estilos de organización adecuados para facilitar la coordinación de los bienes* de toda la Congregación en beneficio de su misión universal.

72. Nuestro objetivo respecto al **gobierno de nuestra Congregación** en este sexenio es hacer que quienes ejercen el servicio de la autoridad discernan y actúen “según el corazón de Dios”, acompañen a las personas, favorezcan sinergias misioneras y promuevan la creatividad e innovación que el Espíritu requiere en cada momento y lugar. Para ello:

- 1) Alentaremos *un gobierno compartido, compasivo, inspirado en Jesús y en las actitudes del Corazón de María*. Para ello, aseguraremos cualificación y acompañamiento a quienes van a ejercer servicios de animación y potenciaremos el papel de las Conferencias interprovinciales.

- 2) Fomentaremos *los destinos en orden a estimular o reforzar la misión universal de la Congregación* –en diálogo estrecho del Gobierno General con los superiores mayores– ya desde la formación inicial, y elaboraremos programas que mejoren la preparación de quienes van a ser destinados y la disposición a la acogida de los Organismos y comunidades que los van a recibir.
- 3) Exploraremos *nuevos métodos y modos de organizar tanto nuestros Capítulos Generales y provinciales* en sus diversas fases (preparación, realización, evaluación) como *las Conferencias interprovinciales*.
- 4) Concluiremos *los procesos de reorganización* iniciados y consolidaremos los ya realizados, conforme a los criterios señalados en los últimos Capítulos Generales.

ADORADORES DE DIOS EN EL ESPÍRITU

- 73.** En la Fragua de su Corazón, María, cómplice del Espíritu, nos enseña a proclamar “la grandeza de Dios” y a “alegrarnos en Dios nuestro Salvador” (cf. *Lc* 1, 46). *Como primera discípula*, nos enseña a escuchar la Palabra (cf. *Lc* 1, 38), a guardarla en el corazón (cf. *Lc* 2, 19) y a atender las necesidades de quienes no tienen vino (cf. *Jn* 2, 3). *Como madre junto a la cruz*, nos configura con Jesús (cf. *Jn* 19, 26) y ora con nosotros para que venga el Espíritu (cf. *Hch* 1, 14) y llegue la victoria definitiva contra el Mal que intenta destrozarnos la creación de Dios (cf. *Ap* 12). Por eso, un hijo del Inmaculado Corazón de María “no piensa sino cómo seguirá e imitará a Jesucristo en orar, trabajar, en sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de los hombres” (CC 9).
- 74.** Nuestro objetivo respecto a la **espiritualidad** para el próximo sexenio es: avanzar gozosos en el camino del Señor y proclamar con nuestra vida y misión la supremacía de Dios, siguiendo el itinerario de vida espiritual de nuestro Fundador, reflejado en la Autobiografía. Para ello:
- 1) Diseñaremos y llevaremos a cabo –guiados por el Gobierno General– un *itinerario formativo y espiritual* que ayude a todos los claretianos, personal y comunitariamente, a conocer y vivir con profundidad y pasión nuestro bello patrimonio espiritual.
 - 2) Cuidaremos muy especialmente *la escucha vocacional y compartida de la Palabra de Dios*, sobre todo en la Eucaristía y la Liturgia de las Horas, a lo largo de todo el año litúrgico.
 - 3) Utilizaremos una pedagogía que nos lleve, en cuanto personas y comunidades, a ser *adoradores de Dios en espíritu y verdad* (cf. *Jn* 4, 20-24) y a mostrar así la vaciedad de cualquier forma de idolatría.
 - 4) Elaboraremos *proyectos personales que estimulen nuestro progreso en la vida misionera*, buscaremos momentos para dialogar sobre ellos en comunidad y fomentaremos el acompañamiento espiritual.
 - 5) Estimularemos *la vivencia gozosa del don recibido (laical, presbiteral, diaconal)*, profundizaremos en él, resaltaremos –en nuestra espiritualidad y formación– nuestra común vocación de misioneros y religiosos y oraremos para que el Señor envíe operarios a su mies.
 - 6) Participaremos más activamente en *el camino espiritual de las comunidades cristianas y de los grupos humanos* con los que compartimos vida y en la religiosidad popular, creando espacios y tiempos que propicien esta participación, que es para nosotros fuente de espiritualidad.
 - 7) Continuaremos impulsando *las experiencias Fragua*. Fomentaremos la realización de la *Fragua Residencial* en las diversas áreas geográficas y en diferentes idiomas y la participación de todos en ella en momentos especiales de la vida.

75. Nuestro objetivo respecto a la **formación** –tanto inicial como continua– para el próximo sexenio es: progresar y crecer como discípulos, llamados por el Maestro para estar con Él y ser enviados como sus testigos y mensajeros, con el fin de ser transformados como nuestro Padre Fundador a lo largo de su vida. Para ello:

- 1) *Revisaremos el Plan General de Formación* según nuestros rasgos carismáticos y las interpelaciones de nuestro tiempo, y articularemos la formación (inicial y continua) como proceso realmente transformador.
- 2) *Cualificaremos el acompañamiento en la formación inicial* asegurando el encuentro de cada formando con su formador para facilitar el discernimiento y crecimiento vocacional. El encuentro se realizará al menos una vez al mes en el caso de los profesos temporales y con más frecuencia en las etapas previas de la formación. Organizaremos talleres y programas específicos con objeto de capacitar a los formadores para este acompañamiento.
- 3) Reforzaremos en todos los procesos, centros y etapas formativas los dinamismos que preparan para la convivencia intercultural, la inculturación y el compromiso con *la misión universal de la Congregación*. Consolidaremos los centros formativos interculturales existentes y trataremos de ampliar su número y la presencia de formadores de diversas procedencias.
- 4) Configuraremos *comunidades formativas*, testigos y mensajeras del Evangelio, comprometidas con el proceso formativo.
- 5) Procuraremos que *los formadores realicen su tarea libres de otras ocupaciones* que se lo impidan y entregados gozosamente a ella como parte muy importante de la única y común misión claretiana (cf. CC 77).
- 6) Procuraremos *mejorar las iniciativas de formación de formadores ya en marcha* (especialmente la Escuela de Formadores “Corazón de María”), y organizaremos en diversas lenguas otros programas intensivos que favorezcan la acogida, la comprensión y el acompañamiento de las nuevas generaciones.
- 7) Mantendremos la iniciativa “*Encuentro con Claret*” y estudiaremos la puesta en marcha de otros programas de renovación.
- 8) Dedicaremos tiempo y esfuerzo a nuestra *actualización bíblico-teológica y al conocimiento de las circunstancias sociales y políticas de nuestros días*, buscando ofrecer servicios misioneros a la altura de los tiempos (cf. CC 56, 74).

Conclusión

Hasta aquí el discernimiento capitular. Es el fruto de un deseo y una plegaria: situarnos en “la estancia de arriba” (cf. *Hch* 1,13), el Cenáculo del Espíritu, y con María nuestra Madre, siempre en medio de nosotros, escuchar las interpelaciones de Dios en nuestro mundo, poner de relieve aquellos rasgos con que el Espíritu nos identifica, dejar que su fuego nos vaya transformado y su viento nos haga Congregación en salida hacia las periferias del mundo. Si somos fieles a la vocación recibida seremos felices y transmitiremos –con nuestro propio estilo– la alegría del Evangelio.

Deseamos que este documento sea acogido como un vídeo que intenta captar en pocas tomas el intenso proceso de discernimiento, orado, compartido y refrendado por todos.

Los capitulares hemos sido solo un tres por ciento de toda la Congregación. En nosotros se ha reflejado una admirable variedad de lenguas, pueblos y culturas. Una vez más, hemos comprobado que el diálogo fraterno intercultural es posible, que a través de gestos de cercanía y mutua pertenencia, cualquier barrera es superable. A una Congregación unida nada le arredra.

Nos impulsa un fuerte deseo de cambio, que se expresa en la conversión pastoral-misionera y ecológica –a la que nos llama la Iglesia de hoy– y en la decisión de dejar nuestra comodidad para convertirnos en una “Congregación en salida”.

Hemos recibido un patrimonio carismático que nos fortalece cada vez más y nos hace descubrir nuestra razón de ser en las iglesias locales, en la Iglesia mundial, en la sociedad.

El Corazón de María, tan hermosamente evocado en el mural que preside la capilla de nuestra Curia General, es nuestra gran inspiración. Con ella, *¡salgamos, caminemos, acompañemos, adoremos! ¡Somos misioneros!*



A SANTA MARÍA DE PENTECOSTÉS

Se ha enmarcado en la Cruz todo el misterio
de aquel mayor Amor que nos liberta.
Todos los pueblos pueden ser hermanos,
entre el olivo y el maíz distantes,
haciéndose una sola Eucaristía.

Verde está la esperanza de la Tierra,
a pesar de las sombras de la muerte,
y son todas las manos
—de todos los colores—
las manos de tu Hijo,
heridas de pobreza o de pecado,
pidiendo y ofreciendo el Evangelio.
Icono de la Iglesia misionera,
cuaja en tu Corazón la Llama Viva,
y urge tus pies descalzos la Palabra.

Te arropa la Promesa, luminosa
como un escudo fiel, pero te apremian
la Misión y el Martirio.
En medio de la Cruz y de la Gloira
tú sales siempre al paso
del Hijo y de los hijos,
andariega del Reino.

Tú eres siempre Madre, Madre ahora
de ese Cristo total que nace y crece
a través de la tensa historia humana.
Madre de la palabra y su discípulo,
Maestra de la escucha y del servicio,
Cenáculo materno de la Iglesia:
¡No cejes nunca, Madre!

¡Impulsa la andadura de los doce,
de todos los setenta,
que estamos aturdidos,
quizás, por la embestida
del vendaval de Dios!

¡Ábrenos los oídos y los ojos,
sacúdenos el miedo y las inercias,
danos un corazón de carne y de crisma,
revístenos de gozo y de osadía,
envíanos, al Viento que te lleva,
testigos de tu Hijo,
diáconos de Pascua, servidores,
hermanos ecuménicos del mundo!

(Pedro Casaldáliga)

DISCURSO DEL PAPA FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL XXV CAPÍTULO GENERAL

Queridos Misioneros Claretianos:

¡Bienvenidos! Es para mí una alegría poder tener este encuentro con ustedes. Agradezco al Superior General, Padre Mathew Vattamattam, sus amables palabras, expresión de su comunión eclesial, y le deseo un fecundo servicio en esta responsabilidad que le han confiado sus hermanos.

«*Testigos y mensajeros de la alegría del Evangelio*» es, según me han informado, el tema que centra el discernimiento capitular. «Testigos», porque la alegría no se puede comunicar si no está presente y profundamente enraizada tanto en la propia vida como en la de la comunidad. «Mensajeros», porque lo bueno hay que compartirlo y al compartirla la alegría se purifica y se multiplica, haciéndose verdaderamente «evangélica».

¿Cómo han encontrado la Congregación en el análisis capitular? En este ejercicio de discernimiento, ¿cómo les ha interpelado la voz del Espíritu? Un camino muy seguro para discernir sus llamadas es situarse a la escucha en las diferentes periferias de nuestro mundo. En ellas su voz resuena con mayor claridad. Esto es todavía más importante para una Congregación misionera como la de ustedes.

Estamos celebrando el Año de la Vida consagrada. Con este motivo envié una carta a todos los consagrados en la que les invitaba a *mirar al pasado con gratitud, vivir el presente con pasión y abrazar el futuro con esperanza*. Se lo repito de nuevo a ustedes. Cuando en el centro de nuestra vida está Jesús, somos capaces de testimoniar y comunicar la alegría del Evangelio.

Hacer «*memoria agradecida del pasado*» es dar gracias a Dios por el testimonio de muchos de sus hermanos que, sostenidos por su fe, vivieron con profundo gozo su vocación –algunos de ellos hasta el martirio–. Es también, reconocer la misericordiosa mano del Señor que a pesar de nuestra debilidad y nuestra inconstancia sigue obrando maravillas en medio de su Pueblo.

«*Vivir el presente con pasión*» es fundamentar su programa misionero en el espíritu de san Antonio María Claret que puso como lema en su escudo episcopal el *Caritas Christi urget nos*. Amar como amó Jesús debe interpelar cada una de nuestras opciones vitales y pastorales.

«*Abrazar el futuro con esperanza*» significa no dejarse arrastrar por el desánimo. No tener miedo. Es el Señor quien envía. Pongan siempre los ojos en quienes esperan el anuncio, en quienes necesitan de su testimonio para sentir la presencia misericordiosa de Dios en sus vidas.

Les agradezco su vida y su trabajo misionero. Hagan llegar, por favor, mi saludo a todos y cada uno de sus hermanos, en particular a quienes, por la enfermedad o por la edad avanzada, colaboran ahora con su oración y su testimonio a la misión congregacional. Cuiden a quienes están en el proceso de formación inicial: ayúdenles a interiorizar aquellos valores que su Fundador les señaló como garantía de fidelidad al carisma con que el Señor bendijo a su Iglesia a través suyo. Y lleven mi saludo también a todos los seglares con quienes comparten la vida y la misión.

San Antonio María Claret, como fundador, les dio un bello título: «Hijos del Corazón de María». Dejen que todas las dimensiones de sus vidas estén profundamente marcadas por esta «cordialidad», que inspiró a María el hermoso canto del *Magnificat*; y expresen la maternidad de la Iglesia, madre misericordiosa, que nunca se cansa de esperar, acompañar y perdonar. A María los encomiendo y los bendigo. Por favor, no se olviden de rezar por mí, pues lo necesito.

ÍNDICE

Siglas

INTRODUCCIÓN: ¡SOMOS MISIONEROS!

I. INTERPELACIONES DE DIOS EN NUESTRO TIEMPO

El grito de la madre tierra
El clamor de los pobres y por la justicia
El sueño de la paz y la reconciliación
El sentido de la vida y su cuidado
El nuevo continente digital y tecnológico
Una Iglesia en salida
En el pueblo de los muchos rostros y carismas
La seducción del Espíritu
La gracia de ser comunidad misionera
La fidelidad a la vocación misionera claretiana

II. RASGOS CARISMÁTICOS EN LA MISIÓN

Misioneros “con Espíritu”
Oyentes y servidores de la Palabra de Dios
Misioneros en comunidad
Enviados a evangelizar y escuchar a los pobres
Con toda la Iglesia y quienes buscan la transformación del mundo
Abiertos a todo el mundo en diálogo profético

III. PROCESOS DE TRANSFORMACIÓN

Congregación “en salida”
Siendo comunidad de Testigos y Mensajeros
Adoradores de Dios en el Espíritu

CONCLUSIÓN

A Santa María de Pentecostés

Discurso del papa Francisco a los miembros del XXV Capítulo General

Índice